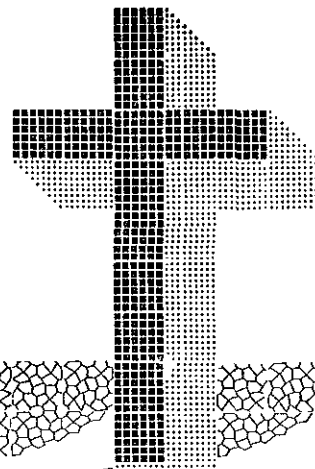
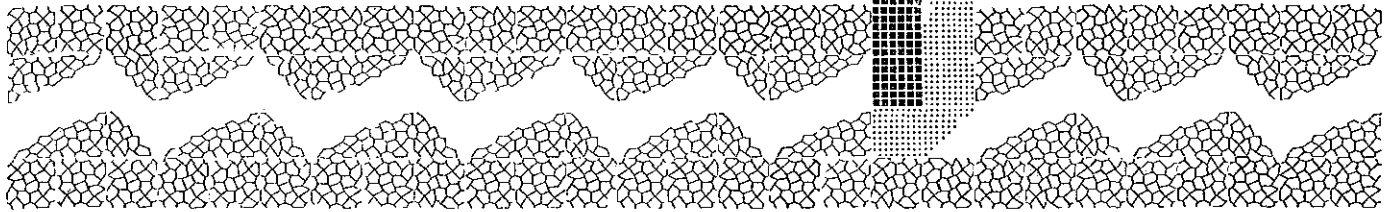


El Camino de la Cruz



PAUL CLAUDEL



PRIMERA ESTACION

Todo ha terminado. Hemos juzgado a Dios y le hemos condenado a muerte.
No queremos más Jesucristo con nosotros, porque nos incomoda.
¡No tenemos otro rey que César! ¡Otra ley que la sangre y el oro!
Crucificadle, si queréis, pero, ¡desembarazadnos de El! ¡Lleváoslo!
Tolle! Tolle! ¡Tanto peor! Puesto que es necesario, ¡que se le inmole y que se nos
(dé a Barrabás!

Pilatós tiene su asiento en el lugar llamado Gabatha.

“¿Nada tienes que decir?” dice Pilatos. Y Jesús no responde.

“No encuentro maldad en este hombre”, vuelve a decir Pilatos, pero ¡bah!

Que muera, puesto que lo queréis! Os lo entrego. Ecce homo”.

Helo aquí, la corona en la cabeza y la púrpura sobre las espaldas.

Por última vez vuelve a nosotros esos ojos llenos de lágrimas y de sangre.

Qué podemos hacer? Ya no hay manera de conservarlo con nosotros más tiempo.

Así como era un escándalo para los judíos, entre nosotros es un contrasentido.

Ya se ha dictado la sentencia, sin que nada falte, en lenguas hebreaica, griega
(y latina.

Y se ve a la muchedumbre que grita y al juez que se lava las manos.



SEGUNDA ESTACION

Entrégansele sus vestidos y se le suministra la Cruz.

“Salve”, dice Jesús, “oh Cruz que tanto tiempo he deseado”.

Y tú, cristiano, ¡mira y estremécete! ¡Ah, qué solemne instante,

Aquel en que Cristo por primera vez acepta la Cruz eterna!

Oh día de la consumación del árbol del Paraíso!

Mira, pecador, y ve para lo que ha servido tu pecado.

Acabáronse los crímenes sin un Dios en lo alto, se acabaron las cruces sin Cristo!

Ciertamente, es grande la desgracia del hombre, pero nosotros no tenemos nada
(que decir,

Porque ahora Dios está en lo alto, que ha venido, no para explicar, sino para llenar.
 Jesús recibe la Cruz así como nosotros recibimos la Sagrada Eucaristía:
 "Le damos un madero a cambio de su pan", como dijo el profeta Jeremías.
 Ah, ¡cuán larga es la Cruz, y cuán enorme y difícil!
 ¡Cuán dura! ¡Cuán rígida! ¡Cuán pesado, el peso del pecador inútil!
 ¡Cuán largo es el camino de llevarla paso a paso hasta morir en ella!
 Y sois Vos solo, Señor, quien va a llevar todo esto?
 Hacedme paciente con todo madero que sea vuestra voluntad que soporte.
 Porque hemos de llevar la Cruz, antes que la Cruz nos lleve.



TERCERA ESTACION

En marcha! Víctima y verdugos a la vez, todo se conmueve hacia el Calvario.
 Dios que doblega su cuello, de repente vacila y cae en tierra.
 Qué decís Vos, Señor, de esta primera caída?
 Y ahora, puesto que sabéis, ¿qué pensáis de ella? En este minuto
 De la caída, en que la carga mal equilibrada os precipita,
 Esta tierra que Vos hicisteis, cómo la encontráis?
 Ah! no sólo la ruta del bien es áspera
 También la del mal es pérfida y vertiginosa!
 No basta con ir derecho sobre ella, hay que reparar hasta en el último guijarro,
 Y aun así falla el pie a menudo, aun cuando persevere el corazón.
 Señor, por esas sagradas rodillas, esas dos rodillas que fallaron simultáneamente.
 Por esa súbita falta de ánimo y por la caída a la entrada de esa horrible Vía,
 Por la trampa que ha tenido éxito, por el polvo que habéis mordido,
 Salvadnos del primer pecado que se comete por sorpresa!



CUARTA ESTACION

¡Oh madres que habéis visto morir al primero y único hijo,
 Recordad aquella noche, la última, junto al pequeño ser gemebundo,
 Recordad el agua que tratasteis de hacerle beber, el hielo, el termómetro,
 Y la muerte que viene poco a poco y que ya no se puede ignorar.
 Ponedle sus pobres zapañitos, cambiadle el lienzo y el corpiño.
 En esto sopla un viento cualquiera y se lo lleva a la tumba.
 Adiós, amor de mi vida! Adiós, adiós, carne de mi carne!
 La Cuarta Estación es María que todo lo ha aceptado.
 He aquí que, en una esquina de la calle, espera el Tesoro de toda Pobreza.
 Sus ojos no tienen ya lágrimas, su boca está completamente reseca.
 Ella no dice una palabra y mira a Jesús que llega.
 Acepta. Acepta una vez más. El grito
 Es reprimido con severidad en el corazón fuerte y riguroso.
 No dice una palabra y mira a Jesucristo.
 La Madre mira a su Hijo, la Iglesia a su Redentor.
 Su alma quiere irse hacia El con violencia, como el grito del soldado que muere.
 Se postra ante Dios y le ofrece su alma para que lea.
 No hay nada en su corazón que rehuse o retenga,
 Ni una fibra de su corazón traspasado que no acepte o no consienta.



QUINTA ESTACION

Llega el instante en que ya no puede Jesús dar un paso, en que ya no puede avanzar.
Encontráis, Vos, una coyuntura en ello, y nos permitís
Que nos ocupemos, nosotros también, aun a la fuerza, de vuestra Cruz.
Tal Simón Cirineo que se unce a éste pedazo de madera.
Lo empuña sólidamente y marcha detrás de Jesús.
A fin de que nada de la Cruz arrastre y se pierda.



SEXTA ESTACION

Todos los discípulos han huido, Pedro mismo reniega con énfasis!
Una mujer, en lo más espeso del insulto y en el centro de la muerte,
Se lanza y encuentra a Jesús y le toma el rostro entre las manos.
¡Enséñanos, Verónica, a despreciar el respeto humano!
Porque aquel para quien Jesucristo no es solamente una imagen, sino una realidad,
Al punto se convierte en algo desagradable y sospechoso para los otros hombres.
Su plan de vida es a la inversa, sus motivos ya no son los suyos.
Hay algo en él que escapa y que está en otra parte.
Un hombre que reza el rosario y que va imprudente a confesarse,
Que no come carne los viernes y se le ve entre las mujeres en la Misa,
Hace reír y es chocante, es gracioso e irritante también.
Que se cuide de lo que hace, porque todos los ojos están sobre él.
Que se cuide de cada uno de sus pasos, porque él es un signo.
Porque todo cristiano es la imagen verdadera, aunque indigna, de su Cristo.
Y la cara que muestra es el trivial reflejo
De ese Rostro de Dios en su corazón, abominable y triunfal!
Déjanos mirar una vez más, Verónica,
Sobre ese lienzo en que la has recogido, esa Cara del Santo Viático.
Ese velo de lino piadoso en que tú has escondido
La faz del Vendimiador en el día de su ebriedad,
A fin de que allí eternamente se adhiriese su Imagen,
Que está hecha con Su sangre, Sus lágrimas y nuestros esputos.



SEPTIMA ESTACION

No es el guijarro bajo el pie, ni el cubestro
Tirado con demasiada violencia, es el alma la que falla súbitamente.
Oh mediar de nuestra vida! ¡Oh caída que se hace espontáneamente
Cuando el imán ya no tiene polo y la fe ya no tiene firmamento!
Porque el camino es largo y porque el término está lejano,
Porque se vive muy solo y porque no se encuentra consuelo.
Oh largos tiempos! Tedio en secreto que recibe incremento
Del mandamiento inflexible y de ese compañero de madera!
Por esto extendemos los brazos, ambos a la vez, como si nadáramos
Y no caemos ya sobre las rodillas, sino sobre el rostro.

**El cuerpo cae, es verdad, y el alma al mismo tiempo ha consentido.
Salvadnos, Señor, de la Segunda Caída que se hace voluntariamente, por fastidio.**



OCTAVA ESTACION

**Antes de subir por última vez a la montaña,
Jesús levanta su dedo y se vuelve hacia el pueblo que lo acompaña,
(Algunas mujeres pobres, deshechas en lágrimas, con los hijos en brazos).
Y nosotros, no solamente miremos, escuchemos a Jesús, porque El está allí
No es un hombre quien levanta su dedo en el centro de esta pobre estampa
(iluminada,**

**Dios mismo es, que por nuestra salvación ha sufrido no solamente en pintura.
Así que este Hombre era el Dios Todopoderoso, era, pues, cierto!
Y, en efecto, este es un día en que Dios ha sufrido esto por nosotros!
Cuál es, pues, el peligro del cual hemos sido rescatados a tal precio?
La salvación del hombre, ¿es un negocio tan complicado, que el Hijo
Para realizarlo está obligado a arrancarse a Sí Mismo del seno del Padre?
Y si esto pasa en el Paraíso, que sucede, pues, en el Infierno?
Qué se hará con el leño seco, si esto se hace con el Verde?**



NOVENA ESTACION

**“He caído una vez más, y esta vez es el fin.
Quisiera levantarme de nuevo, pero ya no hay medio.
Porque he sido estrujado como un fruto, y el hombre que tengo sobre las espaldas
es demasiado pesado.
Muramos, pues, porque es más fácil estar tumbado sobre el vientre que de pie,
Y menos fácil vivir que morir, y sobre la cruz que debajo de ella”
Salvadnos del Tercer pecado que es la desesperación!
Nada se ha perdido aún, mientras quede por beber la muerte!
Y yo ya he terminado con este madero, pero aun me falta el hierro!
Jesús cae por tercera vez, pero ahora es en la cima del Calvario.**



DECIMA ESTACION

**He aquí la era en donde el grano de trigo celestial ha sido pulverizado.
Está desnudo el Padre, ha sido arrancado el velo del Tabernáculo.
Hemos puesto la mano sobre Dios, la Carne de la Carne se estremece,
El Universo en su fuente alcanzada por el golpe, tiembla en el fondo mismo
(de sus entrañas!**

**Nosotros, puesto que ellos han tomado la única y el manto inconsútil,
Levantemos los ojos y atrevámonos a mirar al todo pureza Jesús.
Nada os han dejado, Señor, todo lo han cogido.
Las vestiduras que se pegan a la carne; de la misma manera que en el día de hoy
Se arranca su cogulla al monje y su velo a la virgen consagrada.**

Todo ha sido arrebatado, nada queda ya con qué esconderse.
 Ya no le queda ninguna defensa, El está desnudo como un gusano,
 Ha sido descubierto y entregado a todos los hombres.
 Sí, ese es vuestro Jesús. Hace reír. Está lleno de golpes y de inmundicias.
 Pone en movimiento a alienistas y policías.
 Tauri pingues obsederunt me. Libera me, Domine, de ore canis.
 Ese no es el Cristo. No es el Hijo del Hombre. No es Dios.
 Su Evangelio es mentiroso, y Su Padre no está en los cielos.
 Es un loco! Es un impostor! Que hable! Que se calle!
 El criado de Ana lo abofetea y Renán lo besa.
 Todo se lo han arrebatado. ¡Pero aún le queda la sangre escarlata!
 Todo se lo han arrebatado. ¡Pero aún le quedan las llagas que estallan!
 Dios está escondido, pero queda a la vista el hombre de dolores.
 Dios está escondido, queda mi hermano que llora.
 Por vuestra humillación, Señor, por vuestra vergüenza,
 Tened piedad de los vencidos, del débil abatido por el fuerte!
 Por el horror de ese último vestido que se os quita,
 Tened piedad de todos los que son destrozados!
 Del niño operado tres veces a quien el médico da valor,
 Y del pobre herido a quien se remueven los vendajes,
 Del esposo humillado, del hijo que se halla junto al lecho de su madre moribunda,
 Y de este terrible amor que tenemos que arrancarnos del corazón!



UNDECIMA ESTACION

He aquí que Dios ya no está con nosotros. Está en tierra.
 La jauría en montón lo ha tomado por la garganta como a un ciervo.
 Habéis, pues, venido! Verdaderamente estáis con nosotros, Señor!
 Alguien se sienta encima de Vos, alguien os pone la rodilla sobre el corazón.
 Esa Mano que el verdugo taladra, es la Diestra del Todopoderoso.
 El Cordero ha sido atado por los pies, ha sido amarrado el Omni-Presente.
 Se señala con tiza sobre la Cruz su altura y la longitud de Sus Brazos.
 Y cuando va a saber lo que son nuestros clavos, vamos a ver su rostro.
 Hijo Eterno, cuyo límite es vuestra sola Infinitad,
 ¡Ved aquí, pues, entre nosotros, este lugar estrecho que Vos habéis codiciado.
 He aquí al Elías inmortal que se acuesta a lo largo!
 ¡He aquí al trono de David y la gloria de Salomón!
 ¡He aquí el lecho de nuestros amores con Vos, fuerte y duro!
 Es difícil para un Dios hacerse a nuestra medida.
 Se echa, y el cuerpo medio dislocado cruje y gime,
 Es puesto en tensión como una prensa, se le despedaza horriblemente.
 Para que sean justificadas las palabras del Profeta que lo ha predicho:
 "Han taladrado mis manos y mis pies. Han contado todos mis huesos".
 Estáis preso, Señor, y no podéis escaparos.
 Estáis clavado sobre la Cruz, de manos y pies.
 Ya no tengo nada que buscar en el cielo con los herejes o con los locos.
 Este Dios, que se deja sujetar por cuatro clavos, es bastante para mí.



DUODECIMA ESTACION

Sufrió lo indecible, es cierto, pero ahora va a morir.
La Gran Cruz en la noche, se mueve débilmente por las respiraciones de Dios.
Todo está consumado. No hay más que dejar obrar al Instrumento
Que, inagotablemente, de la unión de la doble naturaleza,
De la fuente del cuerpo y del alma y de la hipóstasis, extrae y saca
Toda la posibilidad que hay en El de sufrir.
Está solo, como Adán cuando estaba solo en el Edén,
Está por tres horas solitario y saborea el Vino,
Ya ignorancia invencible del hombre en el retiro de Dios.
Nuestro Huésped se ha adormecido y su frente se inclina poco a poco.
Ya no ve a Su Madre y Su Padre le abandona.
Saborea el cáliz y la muerte que lentamente le emponzoña.
No Os parece bastante, pues, este vino agrio y aguado,
Y os enderezáis de súbito gritando: Sitio?
¿Vos sediento, Señor? ¿Y me habláis a mí?
¿Tenéis necesidad de mí todavía y de mis pecados?
¿Os hago falta yo, antes que todo esté consumado?



DECIMOTERCIA ESTACION

Aquí termina la Pasión y continúa la Compasión.
Cristo ya no está sobre la Cruz, sino con María que lo ha recibido.
Así como Ella lo aceptó, cuando fue prometido, ahora lo recibe, consumado.
Cristo que ha sufrido a los ojos de todos, de nuevo está escondido en el seno
(de su Madre.
La Iglesia entre sus brazos, para siempre toma el cargo de su bien amado.
Lo que es de Dios, y lo que es de la Madre y lo que ha hecho el hombre,
Todo esto, bajo su manto, está con Ella para siempre.
Lo ha tomado, lo ve, lo toca, ora, llora, admira;
Ella es el sudario y el unguento, es la sepultura y la mirra.
Es el sacerdote y el altar, el vaso sagrado y el Cenáculo.
Aquí termina la Cruz y comienza el Tabernáculo.



DECIMOCUARTA ESTACION

La tumba en donde ha sido puesto Jesucristo muerto, después de haber sufrido,
El agujero cuyos sellos han sido quitados a la carrera para que duerma su sueño,
Antes que el destrozado resucite y suba al Padre,
No es solamente ese sepulcro nuevo, es mi carne,
Es el hombre, vuestra criatura, que es más profundo que la tierra.
Ahora que Su Corazón está abierto y ahora que Sus Manos han sido taladradas,
Ya no tendremos más cruces entre nosotros en que no yazca Su Cuerpo,
Ya no cometeremos más pecados que no correspondan a una llaga de El.
Venid, pues, del altar en que estáis escondido hacia nosotros, Salvador del Mundo!
Señor, vuestra criatura está abierta y es profunda!